

TRES AMIGOS DEL URDABURU Y UN DIA

ASCENSION A LA SUDESTE DE LA JEAN SANTÉ

Un 1 de Noviembre de hace unos cuantos años

CONRADO GARCÉS

JOSEBA OLACIREGI

MANOLO DÍAZ

A mis dos compañeros de cordada, que uno por la fuerza de su juventud y el otro por su coraje, me han hecho sentirme seguro en los momentos más difíciles.

Manolo DÍAZ



Foto: Jesus Hospitaler

Pic du Midi d'Ossau»

La oscura mole de andresita del Midi D'Ossau, se recorta contra el cielo en un intento de elevarse sobre las nubes. Contemplado desde el collado de Mustard te das exacta cuenta de sus auténticas dimensiones, vertiginosas paredes descienden 800 m. hasta confundirse con las morrenas centrales del glaciar que en otro tiempo descendía desde la Grand Railliére. Todo el entorno está dominado por la figura gigante de este volcán extinguido. La superficie del ibón de Pombie es movida por el viento creando pequeñas olas y las últimas prímulas de la temporada parecen estremecerse cada vez que la brisa las acaricia.

En este entorno bucólico de pluma fácil y de color de fantasía, nuestra situación es totalmente diferente. Nos encontramos embarcados en una vía que nunca existió. Mis amigos Joseba y Conrado llevan un buen rato gritándome que la vía no va por ahí, mientras sigo peleando en un último intento de forzar el paso. Finalmente se impone la razón, y destrepo hasta la reunión donde están mis compañeros. El recibimiento es el habitual ¡Cabezón! ¡Ya te decíamos que por ahí no era la vía! y una serie de adjetivos que harían palidecer de envidia al mismísimo C.J. Cela.

Mientras ordenábamos las cuerdas y el material, dos cordadas de franceses que estaban a la expectativa encontraron la vía que desemboca en la Horquette de la Aguillet. Conrado toma la cabeza de la cordada y se lanza detrás de los gabachos. Los largos de cuerda se van sucediendo con normalidad y la tranquilidad vuelve a reinar entre nosotros. Estamos seguros que acabaremos en el día, a pesar del tiempo perdido. Estaba en estas reflexiones, cuando oigo un grito y un ruido de piedras que caen, me aprieto contra la roca esperando ver volar a alguno de mis compañeros, pero no pasa nada. Estoy asegurando debajo de un techo y no puedo ver lo que pasa por ahí arriba. Le grito a Joseba a ver qué pasa y me contesta que uno de los franceses se ha pe-

gado un vuelo pero que no ocurre nada.

Son las 5 y media de la tarde, hace frío y dentro de media hora anochece y nos preocupa andar por ahí arriba sin luz. Reanudamos la escalada a todo meter, hay que llegar a la Brecha de la Aguillet de día, pero todo es inútil, los dos últimos largos de cuerda los hacemos con la noche encima. Estamos reunidos los tres en la brecha y hay que montar dos rápeles hasta el circo Gris y no vemos ni torta. Los franceses han logrado montar el primer rápel y están 40 metros más abajo, buscando el anclaje del segundo, ellos tienen frontales y no tienen ningún problema, pero nosotros con la luz de mi mechero tampoco. Logramos meter un clavo y Conrado se tira hacia abajo a buscar el anclaje del segundo rápel. Después de estos dos rápeles ya estamos todos reunidos en el circo Gris, es una noche cerrada y empiezan a caer unos finos copos de nieve, los franceses buscan la salida por la vía de las Viras, pero nosotros sabemos que en estas condiciones es muy difícil y peligroso bajar por ahí, lo mejor será subir hasta el Pentágono y bajar por el Couloir Pombie-Pey Reget. Les comunicamos a los gabachos nuestras intenciones, pero ellos después de discutir deciden quedarse a vivaquear (No se fían de nosotros).

Subimos por la pared que nos lleva hasta el Pentágono como 3 locomotoras y llegamos a la punta de la Jean Santé, la cual pasamos como una exhalación, eso sí, dando tumbos a diestro y siniestro porque no se veía nada. Después nos dispusimos a rappelar y en 4 ó 5 rápeles, con la tensión al máximo, pusimos el pie en la Grand Raillere, eran las doce de la noche.

Nevara suavemente, descendíamos contentos de haber escapado de allí arriba y nos daba pena los que se habían quedado porque iban a pasar una mala noche. Tomamos algo de comida en el refugio, ordenamos nuestras mochilas, y salimos pitando hacia el circo d'Anneau, donde nos esperaba nuestro coche.

Joseba conduciendo, Conrado de copiloto y yo echando unas cabezadas. De repente noto un golpe en el lateral del coche; Joseba y Conrado echando tacos, se han dormido y hemos chocado contra la mediana de la autopista. ¡Vaya día! En fin, no nos ha pasado nada y todos estamos bien.

Llego a casa, entro callando para no despertar a los chavales y mi mujer allí estaba, esperando intranquila. Tomo dos cafés bien cargados, cojo la bolsa con la ropa de trabajo y derecho a trabajar. ¡Vaya día!

Se da la circunstancia de que mi jefe es el señor Garcés, padre de Conrado, y en cuanto paso por la puerta viene derecho hacia mí y me dice con cara de pocos amigos: ¡Vaya amigos que tiene mi hijo! Que nos dediquemos a otra cosa, que es muy peligroso. En fin, lo que dice cualquier padre, cuando se entera que su hijo es escalador. Y la traca final: ¡Lo que os merecéis es un par de sopapos! ¡ah! ¡Y espérate a que le coja al Joseba ese...! ¡Ya se va a enterar!

Al instante, me vino a la memoria la letra de una canción que dice así:... "Esta es la vida alegre, la vida alegre del escalador..." ¡Vaya día!